



12 de octubre de 2025

**HOMILÍA**  
**XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO**  
**Ciclo C**

2 Re 5, 14-17; 2 Tim 2, 8-13; Lc 17, 11-19.

**“¿Dónde están los otros nueve?” (Lc 17, 17).**

In la'ake'ex ka t'ane'ex ich maaya, kin tsikike'ex yeetel kimak óol. Ti le evangelio kek u'uyik bejlae' ku kansik ti to'on ka ek ts'a'a nibóolal ti Yuumtsil tu yo'olal tulakal ba'al kek k'amik ti. Ma'alo'ob xaan ka ek ts'a'a nibóol mantats' ti tulakal maak ku yantiko'on. Beyxan mu u tu'ubul ti to'on le maxo'ob ti ek familia ku ma'alob antiko'ono', tulakal utse' ti jajal Dios ku tal.

Muy queridos hermanos y hermanas, les saludo con el afecto de siempre y les deseo todo bien en el Señor, en este domingo vigésimo octavo del Tiempo Ordinario.

La gratitud como cualidad humana, sólo es virtud cuando se hace con sinceridad, puesto que hay formas de agradecer que se hacen por conveniencia, con falsedad o hasta para lograr nuevos favores de quien ya nos ha beneficiado. Una persona que es educada, si agradece por cumplir, puede ser que no lo haga con total sinceridad; por tanto, sólo cuando se va más allá del cumplimiento, cuando hay convicción de que hemos recibido un favor, entonces podemos decir que alcanzamos el grado de virtud humana.

Esta virtud humana pasa a ser virtud cristiana cuando valoramos en verdad a la persona o institución de la que nos viene el favor, reconociendo a la o las personas que nos favorecieron en su dignidad humana, en su condición de hijos de Dios, entonces la fe nos conduce hasta Dios, dador de todo bien. Para los hombres y mujeres de fe, a quien nos hace un favor lo consideramos como el vaso en el que el Señor nos sirve su bendición para que la bebamos.

A diario hay numerosos motivos para agradecerle al Señor que, aún sin intermediarios, nos bendice directamente de muchas maneras. Por otro lado, no hay que menospreciar a los intermediarios, que puede ser cualquier persona, los ángeles o los santos del cielo. Los miembros de la Iglesia somos comunidad aquí en la tierra y los somos con nuestros hermanos del cielo, por lo que decimos en el Credo: “Creo en la comunión de los santos”. También nos hemos de reconocer ciudadanos y miembros de una sociedad que es plural en su fe y en su forma de pensar.

Es triste que esa virtud humana o cristiana de la gratitud algunos la ejerciten fuera de casa, pero dentro de ella seamos mal agradecidos entre esposos, entre padres e hijos o entre hermanos. La gratitud fortalece la vida matrimonial y la vida familiar. No nos cansemos de decir “gracias” en el seno de nuestro hogar. También con los amigos hemos de ser agradecidos.

El culmen de la vida cristiana sucede en la liturgia de la Eucaristía, que es la celebración de la “Acción de Gracias”, pues eso significa la palabra eucaristía. Es un “gracias” que dirigimos al Padre, en el Espíritu, por Cristo, con él y en él, es decir, por su Pascua sacramental, su muerte y resurrección continuada en el Sacramento. En cada Eucaristía añadimos nuevos motivos de agradecimiento al Señor.

En el santo evangelio de hoy, según san Lucas, diez leprosos le piden a Jesús, gritándole desde lejos, que los cure de su enfermedad. Los leprosos no podían entrar en las ciudades, lo tenían prohibido por el peligro de contagio, por eso ni siquiera se acercan a Jesús. Entonces le gritaron diciéndole: “Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros” (Lc 17, 13). El Señor los mandó a que fueran a presentarse a los sacerdotes. Según la ley de Israel, quienes se curaban de lepra iban a presentarse a los sacerdotes para que corroboraran la curación, pero estos diez hombres se pusieron de inmediato en camino, lo cual supone que le creyeron a Jesús, esperando irse curando mientras caminaban.

En este sentido, los diez leprosos son de admirar e imitar, porque cuando pedimos algo al Señor no debemos sentarnos a esperar que el milagro suceda, sino dar pruebas de que realmente le creemos, aunque éste no suceda instantáneamente. Ellos avanzaron con fe y esperanza en el Señor.

El milagro sucedió mientras iban de camino y uno de ellos se regresó alabando a Dios en voz alta, y al llegar ante Jesús se postró a sus pies para darle

gracias. El que regresó era un samaritano, es decir, un forastero perteneciente a un pueblo contra el que los judíos estaban de pleito. Jesús preguntó por los otros nueve que no regresaron para agradecer. Al final le dijo al samaritano: “Levántate y vete. Tu fe te ha salvado” (Lc 17, 19). Por más fe que manifestaron los otros nueve, al quedar curados se olvidaron de agradecer a Dios, y su fe no les alcanzó para salvarse, pues su alma siguió llena de la lepra espiritual.

En la primera lectura, tomada del Segundo Libro de los Reyes, se nos presenta el caso de Naamán, el general del ejército de Siria, quien, sin ser miembro del pueblo israelita, vino a ver al profeta Eliseo con la esperanza de quedar sano con su intercesión ante el Dios de Israel. Démonos cuenta de que Eliseo lo manda a bañarse en el río Jordán, puesto que la lepra era signo de un castigo especial de Dios a causa de pecados graves; entonces, si la salud la recuperó en las aguas del Jordán, este episodio es un anuncio profético de nuestro Bautismo, sacramento en cual se nos limpia del pecado original, y nos hace aptos para borrar cualquier pecado del que nos arrepintamos con sinceridad.

Luego de su curación, Naamán se muestra agradecido con Eliseo por salvarlo de su lepra, y quiere darle algunos regalos, pero el profeta se niega a recibirlos, pues quiere que le quede bien claro que la curación le vino de Dios. Naamán le pide entonces llevarse unos sacos de tierra de aquel lugar para construir con ella un altar en su patria para el Dios de Israel, pues en adelante sólo a Él ofrecerá sus sacrificios.

La actitud de Eliseo me recordó a un santo hermano marista, que fue mi director en la primaria, que siempre que le dábamos gracias, él contestaba: “A Dios sean dadas”. Esta humildad, fruto de la fe, contrasta con la soberbia de aquellos que les gusta que la gente les deba para hacerlos sentirse inferiores, y hasta gozan exigiendo el pago de un favor realizado. Si creemos que merecemos la gratitud de los demás nos vamos a volver déspotas en nuestro trato o amargados por no recibir la recompensa que esperaban. El hombre y la mujer de fe, cuando alguien les agradezca, dirán o pensarán: “A Dios sean dadas”, y sólo esperarán la recompensa del Señor a su debido tiempo.

En la segunda lectura, tomada de la Segunda Carta de san Pablo al joven obispo Timoteo, el Apóstol sigue dándole excelentes consejos a su discípulo; siendo el primero y más importante de éstos, para Timoteo y para cada uno de nosotros, el acordarnos siempre de Jesucristo resucitado de entre los muertos. Esta memoria le da sentido a cuanto hagamos y a cuanto nos suceda.

Le dice san Pablo: “Si morimos con Él, viviremos con Él”; y también nosotros, aunque no muramos por el martirio, podemos morir cada día por los pequeños o grandes sacrificios que realicemos por amor a Dios; así viviremos eternamente con Jesús. También le dice: “Si lo negamos, él también nos negará”; esto es en el juicio ante el Padre. Entonces le dice finalmente: “Si le somos infieles, él permanece fiel” (2 Tim 2, 11-13); así es que, si hemos sido infieles a Jesús, podemos regresar a la fidelidad, y encontraremos al amigo fiel que nos espera.

El pasado 9 de octubre, el Papa León nos dio su primera Exhortación Apostólica, llamada “Dilexi te” (“Te he amado”, Ap 3, 9). En ella dice el Papa: “Los pobres para los cristianos no son una categoría sociológica, sino la misma carne de Cristo” (n. 10). Les invito a todos ustedes a leerla y a dejarse tocar por el mensaje saludable que nos transmite.

Que tengan todos una feliz semana. ¡Sea alabado Jesucristo!

**+ Gustavo Rodríguez Vega**  
**Arzobispo de Yucatán**